

El Nacional Diciembre 3 de 1958.

MURIÓ LA ALONDRA MAYA

Por Manuel LOPEZ PEREZ.

La reciente muerte de Luis Rosado Vega, la alondra maya, ha puesto crespones luctuosos en los bosques de América y notas de elegía en la garganta de los zorzales. Como el urú cantado en el Tabaré, Rosado Vega era el poeta que "anunciaba las mañanas y lloraba por la luz". Bardo de los sentimientos más puros del hombre, vertía en los vasos clásicos del idioma español las más finas esencias de su raza. En la melodía de sus poemas vibraba la palabra misteriosa de los chiflados, y sus versos estaban hechados con palabras de sabiduría. Lo cantaba todo, porque sabiéndolo todo, todo lo amaba, y podría haberse dicho de él —sin que lo desmintieran sus características indígenas— lo que él decía de sus indios caminantes: "Oh, indio maya, tú lo sabes todo, y tu evangelio de mitos y narraciones, lo explican todo a los mortales". ¡Que Zamná —rocío del cielo— te haya dado a beber sus licores celestes en los momentos dramáticos de tu trance, oh, poeta, y que Suhuy Kaak, la princesa intocada, surja de entre las brumas matinales a encender por tí los copales sagrados sobre los viejos altares de los templos de Chichén!

II

Cuando ya iba a la escuela, dulce cuna de mis amores a las letras, las voces infantiles de mis compañeras solían cantar, y yo les rogaba insistir en el canto con el afán de retener las palabras musicadas, esta gota de cordial rocio:

Flores de mayo pidió la niña
para ofrecerlas ante el altar:
iba vestida toda de blanco,
de lino blanco, como el azahar.

Yo quiero flores, flores de mayo,
—dijo la niña, cuando enfermó,
y entre esas flores su lindo cuerpo
pusieron luego cuando murió.

Por eso tiene la flor de mayo
tán rico aroma, tan suave olor;
es porque el alma de aquella niña
siguió volando de flor en flor.

La Alondra Maya

Y en los libros de texto, que en aquellos buenos días aún llevaban al alma de los niños los más bellos engendros de la inspiración de nuestros artistas, pudimos leer el tierno y dramático poema de "Los ahogados", astrónomos de quillas, para quienes el vate clamaba en sentido reclamo:

...¡Qué les vuelvan sus barcos, que les vuelvan sus barcos,
porque quieren seguir navegando!...

Después, cuando por las calles de la universitaria Morelia, buscábamos la ventana propicia para lanzar la flecha de nuestros anhelos de amor adolescente, nos inspiraba la palabra del poeta de acento melancólico y amante, estremecida en el arrullo de la música de Palmerín:

...Así, en la mañana jovial de mi vida,
vinieron, en alas de la juventud,
amores y ensueños, como golondrinas,
como golondrinas bañadas de luz.

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

55

Pag

MURIÓ LA ALONDRA MAYA

SIGUE DE LA PAGINA CINCO

Mas trajo el invierno sus nieblas sombrías,
la rubia mañana llorosa se fue...
se fueron los sueños, como golondrinas;
como golondrinas se fueron también.

Y el episodio romántico del águila maya, de Carrillo Puerto, lo conocimos también, mucho antes de conocer a Alma Reed, en una partitura del gran Ricardo musicando un poema del gran don Luis:

Peregrina, de ojos claros y divinos
y mejillas encendidas de arrebol...

Cuando dejes mis palmares y mi tierra,
Peregrina del semblante encantador,
no te olvides, no te olvides de mi tierra,
no te olvides, no te olvides de mi amor.

III

En los primeros días del mes de marzo de 1934, Manuel Moreno Sánchez, José Carrillo Arriaga y yo, acompañamos al señor general de división don Benigno Serrato, en un viaje a la península yucateca. Era el tercer año de los posteriores a la terminación de mi carrera profesional, y recordaba aún las clases de literatura en que se nos había hablado de Rosado Vega como uno de los más grandes poetas yucatecos y como una de las cumbres de la poesía nacional. Poco antes de que el avión nos depositara en el campo aéreo de Mérida, en mi mente habían ido sonando algunos versos de Rosado, y con ellos entretenía mis ansias de conocerlo:

Labrador, madrugador,
que más sabio que los sabios,
con una canción de amor
dulcificando los labios
vas rumbo a tu praderío,
¡no cantes más, labrador,
que nieva y hay mucho frío!
Ve, y con el hacha que luces,
corta ramajes añejos
y hazme cruces, muchas cruces
para mis recuerdos viejos;
y con hojas amarillas,
para ensueños e ilusiones,
hazme coronas sencillas
en forma de corazones;
pero haz muchas, un montón,
porque son muchos mis muertos
y quiero que estén cubiertos
como con mi corazón.
Qué pensará el bosque, qué,
que está tan triste callando,
parece que está pensando
en algo que ya se fue.
¡Piedra blanca en la que un día
me dió su mano al pasar,
tu recuerdo un ¡ay! me arranca
y me está haciendo llorar,
piedra blanca, piedra blanca
que tienes forma de altar!
Dicen que cuando murió
tan bella y tan pura era,
que hasta la misma madera
de su caja, floreció;
dicen que cuando murió,
¡ay!, era tan inocente
que hasta el bosque se inclinó
cuando el entierro pasó
para besarla en la frente.
Madre, cuando llegue el día
feliz en que yo me muera,
entiérrame, madre mía,
en esta misma pradera;

Y cava mi tumba aprieta,
pero muy hondo, muy hondo;
yo necesito una huesa
sin márgenes y sin fondo.
¿Cuándo llegará ese día,
Madre mía, Madre mía?...

IV

Al llegar a la ciudad, me sentí feliz. Los yucatecos exhibieron ante nosotros lo más bello de sus almas, cultas, discretas, delicadas, generosas. El mejor coche fue para nosotros, lo mismo que el mejor hotel y las mejores compañías. (No me extiendo en estos elogios, porque no estoy escribiendo sino en torno de un motivo: Rosado Vega). El Gobierno de César Alayola, del grupo de García Correa, dispuso que se pusiera a disposición del Gobernador michoacano, general Serrato, una autopista y que con vía libre, se nos condujera hasta Dzitás lugar en que habíamos de tomar automóviles, ya dispuestos, para poder llegar a Chichén Itzá y recorrerla. Y aquí vino para mí la sorpresa. Gratísima sorpresa: se nos presentó a don Luis Rosado Vega como nuestro guía y cicerone. Abandoné mi comitiva y seguí al gran poeta que era, entonces, Director del rico museo de Mérida. En sus oficinas, me ofreció una copa de xtabentún. Por poco me ahoga la fuerza aromática del licor, y gentilmente don Luis me sirvió las copas siguientes de mi conocido tequila. El maestro, bondadosamente me dejó hablarle de versos, de mis versos, y de él, mucho de él. Sentado tras de su escritorio me veía atentamente con sus ojos pequeños, clavados en un rostro de rasgos clásicamente mayas. Con indulgencia inmerecida me llamó poeta —mis veinticuatro años entonaron interiormente un himno jubiloso— y luego en un folleto titulado *El Sueño de Chichén*, escribió, utilizando el contrafórmula estas hermosas palabras: Al poeta Manuel López Pérez, FRATERNALMENTE. Luis Rosado Vega. (Con ingenuo orgullo declaro que la subraya es mía).

Impecablemente vestido, llegó don Luis Rosado Vega por nosotros al día siguiente, al Hotel Itzá. Una hora más tarde, instalados en la autopista caminábamos hacia Chichén, la ciudad sagrada. El sol, al salir, convertía en rayos dorados las paralelas "convergentes probables" en la distancia, de los rieles sobre los cuales rodaba nuestro coche. Los campos, surgiendo de la indecisa claridad del alba, se fueron matizando, y de los chac-löles nos hablaba el poeta de Payamé y de La Tierra Misteriosa del Mayab. Tendría don Luis entonces unos sesenta años, y tal vez por haber madrugado o por el cansancio con el que se complica el calor del sol cuando asciende, empezó a dormitar. Parecía entonces un chilam gozando laxitudes posteriores al vaticinio, o el genio indio contemplando en sueños el poderío de su pueblo antes de Maní.

V

Don Luis nos habló de Chichén, como sólo él podía haberlo hecho. Moreno Sánchez y yo estábamos felices, y con nuestro regocijo gozaba el paternal Serrato. Lo más detenidamente que se pudo visitamos la ciudad sacerdotal, de cuya historia nos hablaba el poeta. En cuanto a las investigaciones, se nos ilustró acerca de lo hecho por la Institución Carnegie, de las dragas que profanaron los lágamos del cenote sagrado, de los saqueos de la riqueza arqueológica, etc.

Volvimos a Mérida, y como permanecimos allí, mientras nuestro Gobernador acompañaba al general Cárdenas que hacía su jira presidencial y visitaba la zona de Payo Obispo, mientras Carrillo Arriaga investigaba el costo de un viaje a La Habana —viaje que no pudimos hacer, porque Serrato que nos lo había ofrecido "no tenía dinero propio y el del Estado "no estaba destinado viajes de recreo"—, yo me convertí en la sombra de don Luis que amablemente se sacrificaba tolerándome. Le recité muchos versos que yo sabía, y cuando llegó a los que cité últimamente, me dijo que faltaban estrofas, y que seguramente su amigo Romero Flores las había suprimido para facilitarnos la memorización. Lo cierto es, que respecto al poema en cuestión, conviene recordar sus últimas líneas:

...cuando llegue el día
feliz en que yo me muera,
entiérrame, Madre mía,
en esta misma pradera...

Ya está enterrado el inmenso poeta. Sobre ese sepulcro lloran las mañanas por mandato de Zammá, su rocío celeste, el mismo "que moja en los bosques el plumaje de los faisanes azules", y a él a dejar día a día su beso devoto, viene Zuhuy Kook, la princesa intocada, que por él va luego, envuelta en las gasas de la penumbra matinal, a encender "la candelilla votiva sobre los viejos altares de los templos de Chichén":

... "el día feliz"...

¡Ay, ese día no fue feliz para las letras mexicanas!...